

LAS CARAS OCULTAS DE
HERNÁN
CORTÉS

LAS CARAS OCULTAS DE
**HERNÁN
CORTÉS**

LA HISTORIA DEL CONQUISTADOR
QUE INSPIRÓ LA SERIE *HERNÁN*

ALEJANDRO ROSAS
(ADAPTACIÓN)

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Ramón Navarro
Fotografías de portada y contraportada: Damián Hernández Medina /
Cortesía de Producciones Dopamina, S.A. de C.V.
Diseño de interiores: Alejandra Ruiz Esparza



© “Hernán” la Serie: Producciones Dopamina, S.A. de C.V.
Creada y escrita por: Amaya Muruzábal; Francisco Royo; María Jaén y Julián de Tavira
© 2019, Circulo Editorial Azteca
© 2019, Grupo Salinas
© 2019, Adaptación: Alejandro Rosas

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: noviembre de 2019
ISBN: 978-607-07-6264-2

Primera edición impresa en México: noviembre de 2019
ISBN: 978-607-07-6263-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

❧ ÍNDICE ❧

INTRODUCCIÓN

La fuerza de mi brazo lo confirmó.....9

CAPÍTULO 1

La suerte está echada 15

CAPÍTULO 2

Una ciudad sobre un lago 27

Bajo el volcán..... 29

El águila y la serpiente..... 33

CAPÍTULO 3

Los protagonistas del drama 43

Cortés: comer con trompetas o morir ahorcado 45

Moctezuma, el que se muestra enojado..... 48

El compadre Velázquez 51

Los presagios del emperador 53

Bernal Díaz del Castillo:

la tierra donde nos mataron 57

Pedro de Alvarado: el comendador 60

¿El regreso de Quetzalcóatl? 63

CAPÍTULO 4	
Y no hagas pendejadas	67

CAPÍTULO 5	
El gran imperio	81
Una ciudad llamada México.....	83
Porque las cosas han de ser hechas antes que pensadas.....	86
Sigamos la cruz, que en esta señal venceremos.....	89
Un español maya.....	92
La primera batalla.....	94
Marina.....	97
Veremos en qué para este desafío.....	102
El regreso de los dioses.....	106

CAPÍTULO 6	
No quedará uno solo de ustedes, Malinche	111

CAPÍTULO 7	
Más sabe el diablo por viejo	127
Con el colmillo retorcido.....	129
El complot.....	134
Vale más morir por buenos.....	140
Las tribulaciones de Moctezuma.....	147
La última embajada.....	149
El encuentro.....	152

Juego de palabras.....	156
Venimos de donde sale el sol.....	158
De dioses a dioses.....	160

CAPÍTULO 8

La noche triste	165
------------------------------	-----

FUENTES RECOMENDADAS	181
-----------------------------------	-----

CAPÍTULO 1

**LA SUERTE
ESTÁ ECHADA**



Llovía a cántaros, el agua se filtraba por las armaduras de los hombres de Cortés mientras aguardaban el momento propicio para atacar. La adrenalina, la excitación que precede a la batalla, los mantenía alerta, pero estaban exhaustos. Habían llegado a marchas forzadas a unas leguas de Cempoala y solo esperaban la señal de su capitán general para atacar.

Se quedaron quietos, escuchando el sonido de la lluvia que golpeaba sobre la exuberante vegetación, excepto cuando se escuchaban los truenos; los rayos se reflejaban en las armaduras lodosas, en las espadas y las lanzas de los soldados. Para Hernán Cortés no había un mañana; si no salía victorioso, sus planes, sus sueños, su ambición se esfumarían. No podía permitirse fallar, la derrota no era una opción.

«La suerte está echada», pensó cuando dejó Tenochtitlán y marchó a Veracruz para hacerle frente a Pánfilo de Narváez la mañana del 10 de mayo de 1520. Mientras ordenaba a sus hombres que se prepararan para partir, le dijo a Marina que también se alistara para dejar la capital imperial.

—Vendrás conmigo, te necesito a mi lado —le expresó.

Marina asintió complacida, pues para ella ningún lugar en la Tierra era mejor que junto a Cortés. No se había separado de su lado desde que el español supo que hablaba la lengua de los mexicanos, en

abril de 1519. Era su mujer y su traductora, y, como a Cortés, la suerte también le sonreía: había salido con bien de todas las andanzas en las que acompañó al español —que no eran pocas— y esperaba seguir contando con la venia de los dioses, o al menos con la del dios al que el capitán general le entregaba su fe.

El destino alcanzó a Hernán Cortés en mayo de 1520. Sabía que tarde o temprano su compadre Diego Velázquez, el gobernador de Cuba, reuniría los recursos suficientes para enviar por él, y ese momento había llegado. Hasta oídos de Velázquez llegó la información de que Cortés había despachado una nave desde Veracruz con grandes tesoros para el rey Carlos V, así como una carta solicitándole su autorización para proseguir la conquista. La noticia desató la ira de Velázquez; su compadre lo había traicionado y debía hacerlo pagar.

Velázquez gastó hasta el último real para organizar una expedición punitiva, cuyo fin era aprehender a Cortés junto con sus capitanes y llevarlos de vuelta a la isla, donde seguramente los esperaba la horca. Desde luego, Velázquez y sus hombres se harían cargo de la conquista de México en el punto donde la dejara Cortés.

Se cumplía apenas un año y tres meses desde su salida de Cuba y parecía que mediaba la eternidad. Cortés había logrado lo inimaginable: llegó a Tenochtitlán con poco menos de 300 españoles y aliados tlaxcaltecas y sometió sutilmente al emperador Moctezuma sin haber derramado una gota de sangre mexicana.

Suficiente para ufanarse, pero si algo había acompañado a Cortés en todo momento era la prudencia, y la situación la requería, sobre todo cuando le comunicaron que habían llegado a las costas de México 18 naves con cerca de 1000 hombres, 80 caballos y más de diez piezas de artillería al mando de Pánfilo de Narváez, cuya vanidad era por todos conocida y que habría dado un ojo por vencer a Cortés y llevarlo vivo o muerto de regreso a Cuba.

Las naves de Narváez llegaron a San Juan de Ulúa a principios de mayo de 1520. Los espías de Moctezuma, siempre atentos, corrieron a Tenochtitlán y mostraron a su emperador y a Cortés dibujos donde describían gráficamente cómo estaba compuesta la expedición. Las 18 naves atracadas habrían hecho palidecer a cualquiera, pero Cortés no era de los que rumiaban sus penas; de inmediato comenzó un intercambio epistolar con Narváez para ganar tiempo.

Todos querían llevar agua a su molino. Narváez marchaba deseoso por mostrar que era superior a Cortés. Nadie dudaba de su valentía,

pero sus mayores defectos eran la vanidad y una necesidad que lo conducía con frecuencia por los caminos de la imprudencia, y Cortés lo sabía.

Moctezuma también movía sus piezas. Fue el primero en saber de la nueva expedición gracias a sus mensajeros que iban y venían con noticias. Le brillaron los ojos cuando supo que Narváez —a quien incluso le envió regalos— tenía como fin capturar a Cortés porque se había rebelado contra su rey, o al menos eso fue lo que interpretó el monarca azteca, quien vio la posibilidad de desasirse del yugo español si Cortés era derrotado por sus propios compañeros.

Por su parte, Cortés sabía que la presencia de Narváez podría arruinar sus planes y romper la estabilidad y el equilibrio que había logrado establecer en México, pues si bien el emperador Moctezuma era su prisionero, se movía con entera libertad por la capital —lo cual le daba tranquilidad a su gente—, aunque siempre con una guardia personal de españoles que no lo dejaba ni a sol ni a sombra, encabezada por el mismísimo Pedro de Alvarado, mano derecha de Hernán Cortés.

La correspondencia con Narváez solo era una estratagema para ganar tiempo. Ambos pensaban lo mismo y ambos sabían que tendrían que enfrentarse en el campo de batalla. Sin embargo, Cortés aprovechó los correos que enviaba para comunicarse de manera clandestina con otros hombres de la expedición a quienes conocía de sus años en Cuba. Mandó cartas, mensajes y promesas, e hizo lo que mejor sabía hacer: comprar voluntades. Ofreció oro, plata, riquezas y tierras. Así fue diezmando la lealtad de esos hombres hacia Narváez.

La noticia de que el cacique gordo de Cempoala —su primer aliado de importancia en 1519—, así como otros pueblos que seguían leales a Tenochtitlán, habían ofrecido su ayuda a Narváez llevó a Cortés a tomar la decisión de marchar hacia Veracruz. Había llegado el momento de tomar cartas en el asunto en vez de escribirlas.

El momento era delicado. Cortés solo contaba con 150 españoles en Tenochtitlán. En los últimos meses había despachado a sus hombres: a unos los envió a explorar regiones cercanas, a otros los destinó a las poblaciones que conocían para mantener la vigilancia de la ruta que siguieron desde la costa y unos más se encontraban en la Villa Rica de la Veracruz. Aún contaba con sus aliados tlaxcaltecas, que eran poco más de 2 000, y confiaba en que continuaran odiando a los mexicas, porque su seguridad dependía en buena medida de la enemistad entre ambos señoríos indígenas.

Cortés ordenó que 70 hombres marcharan con él y puso la capital mexicana en manos de Pedro de Alvarado, su hombre de mayor confianza, aunque también el más arrebatado. Cuando lo vieron por vez primera, los indígenas se sorprendieron por su apariencia: era muy alto y rubio, por lo que lo llamaban Tonatiuh (el hijo del Sol). Al comienzo de la expedición, Cortés tuvo algunas diferencias con él debido a su indisciplina, pero con el paso de los días demostró su autoridad y Pedro la respetó.

Alvarado estaba hecho para la aventura y para la guerra, era intrépido y tenía la personalidad del seductor. Su expresión era alegre y de «mirar amoroso», contaba Bernal Díaz del Castillo. Además, era buen conversador, franco y sonriente, aunque arrogante. Sin embargo, detrás de su amigable actitud escondía una parte oscura: era notablemente cruel y podía ser despiadado; en sus propias palabras, estaba dispuesto a «atemorizar la tierra». Nunca se arredró al enfrentar a los indígenas, ni siquiera durante los feroces combates que sostuvieron contra los tlaxcaltecas en septiembre del año anterior.

Desde que llegaron a Tenochtitlán, el 8 de noviembre de 1519, Alvarado estuvo presente en todos los encuentros que Cortés sostuvo con Moctezuma y, cuando apresaron al emperador, fue uno de los hombres encargados de custodiarlo y acompañarlo en todo momento.

Curiosamente, Alvarado desarrolló una buena relación con Moctezuma. Salían juntos de cacería, practicaban un juego que tenían los aztecas similar al boliche —en el que el capitán español solía dejarlo ganar para mostrar su generosidad— y los dos eran dados a reír con soltura. Finalmente se ganó la confianza del emperador; por eso, cuando Cortés decidió encargarle su seguridad, el tlatoani no tuvo objeción.

—Pedro —le dijo Cortés antes de partir—, quedas a cargo. Procura mantener el mismo trato que hasta ahora le has mostrado al emperador; que sienta que es libre aunque sea nuestro prisionero. No dejes que se reúna con ninguno de los señores si tú no estás presente. Debe sentirse en confianza y dispuesto a seguir de nuestro lado. Cuida de él y de su familia. Además, te hago responsable del tesoro de nuestro rey y de lo que pertenece a los hombres que marchan conmigo.

Alvarado asintió a cada una de las instrucciones de Cortés, quien antes de despedirse, como última recomendación, le dijo:

—Y sobre todo, Pedro, no hagas pendejadas.

Ambos sonrieron.

Resuelto el asunto con sus hombres, Cortés se presentó ante Moctezuma acompañado por Marina. Aunque el emperador ya se había acostumbrado a la presencia de la joven india, le seguía pareciendo extraña. Las mujeres, incluso las suyas —que podían ser hasta 400—, eran ajenas a todos los asuntos del gobierno, pero nadie, ni siquiera él, siendo emperador, se atrevió a cuestionarle a Cortés que Marina estuviera a su lado en todo momento.

Había sido humillante que Marina le comunicara la decisión de Cortés de tomarlo como prisionero unos días después de su llegada a Tenochtitlán. Había sido humillante que su huésped tomara por cierto que él había estado detrás de la muerte de su capitán Juan Escalante y varios españoles que cayeron combatiendo al cacique de Nautla en Veracruz. Había sido humillante que Cortés creyera que le habían llevado la cabeza de Juan de Argüello, uno de sus hombres caídos, como trofeo de guerra. Había sido humillante que Cortés y sus hombres se hubieran presentado en su palacio para aprehenderlo sin darle oportunidad de nada, sin escuchar sus argumentos, sin confiar en su palabra.

Pero lo más humillante fue escuchar a la joven esclava a quien llamaban doña Marina decirle:

—Mucho arriesga usted, señor, si no cede a las pretensiones de esta gente; ya conoce su resolución y la fuerza superior que los asiste. Yo soy su vasalla y deseo naturalmente su felicidad. Si acepta ir con ellos, será tratado con el respeto que merece su persona, pero si se resiste, su vida peligra.

Moctezuma aceptó su prisión, aunque, para evitar la sublevación de su pueblo, les dijo a sus más allegados que por consideración a sus huéspedes había decidido mudar su habitación al palacio de Axayácatl, donde se encontraba el cuartel general de Cortés y sus hombres, que iba por su voluntad, que no era prisionero, sino que lo haría por el gusto de convivir unos días con ellos.

Por su seguridad, los españoles le siguieron el juego. Moctezuma eligió sus habitaciones en el palacio de su padre y pudo entrar y salir a voluntad, pero con una novedad: una guardia de españoles encabezada por Pedro de Alvarado lo acompañaba a donde fuera.

Moctezuma ya estaba enterado de la partida de Cortés cuando se presentó en sus aposentos acompañado por Marina. De nuevo el juego de las simulaciones. Cortés le dijo que volvería en unos días y que dejaba al mando a Pedro de Alvarado. Marina, que conocía bien

el juego de Cortés, tradujo sus palabras con gran sentimiento, como si el conquistador de verdad estuviera triste por dejar a Moctezuma, cuando, en todo caso, se mostraba apesadumbrado porque dejaba la ciudad que ya tenía en su poder.

El emperador también entró al juego y fingió pesar. Lamentó que tuviera que marcharse, aunque esperaba no verlo de regreso; su mayor deseo era que los otros españoles que venían por él lo capturaran y se lo llevaran. Sin embargo, con su cortesía de siempre, le ofreció guerreros para combatir a Narváez a sabiendas de que no aceptaría, pues tenía la certeza de que el español no confiaba en ellos.

Cortés no podía darse el lujo de llevar mexicas entre sus tropas, pues no sabía a ciencia cierta si tramaban algo luego de ver las circunstancias en que se encontraba su emperador, cuya autoridad, si bien gozaba de todas las consideraciones, estaba evidentemente minada debido a la presencia de los españoles, y la gente de su pueblo lo sabía.

—Su majestad, le encargo cuidar a los españoles que dejo en su compañía —le dijo Cortés a Moctezuma con una velada amenaza—. No los desampare ni se aparte de ellos; no me gustaría regresar y encontrarme con una situación difícil y tener que poner orden. Alvarado se queda al mando y se hará cargo de servirlo en todo lo que usted y su familia necesiten.

Cortés y Moctezuma se dieron un abrazo (después de aquel primer encuentro, donde los señores de Tenochtitlán impidieron al español abrazar al tlatoani, se hizo práctica común). Y junto con otros señores, Moctezuma despidió a Cortés, que tomó camino por la calzada de Iztapalapa, por donde había entrado a Tenochtitlán el 8 de noviembre del año anterior, hecho que parecía haber sucedido hacía siglos.

Setenta españoles salieron de Tenochtitlán el 10 de mayo de 1520. Cortés iba al frente y compartía su montura con Marina, que nunca dio muestras de flaqueza. Si tenía que caminar, caminaba; si debía pasar la noche en vela, lo hacía. Pese a su notoria juventud —tendría 16 años—, de su boca jamás salió queja alguna y para entonces ya se había ganado el respeto de los hombres de Cortés y de los señores indígenas que la veían siempre junto al español. Más aún, Marina ya entendía y hablaba algo de castellano, que aprendió al lado del capitán general.

Con tan pocos hombres, Cortés sabía que era un suicidio enfrentar a Narváez, pero a lo largo del camino otros capitanes se le unieron. En Cholula se incorporaron los hombres de Rodrigo Rangel y Juan Velázquez de León, a quien Cortés envió a negociar con Narváez debido a que era su cuñado. No logró nada, tal como el propio Cortés esperaba, aunque en realidad lo había enviado para espiar el campamento de su enemigo y tener con certeza el número de soldados, caballos y piezas de artillería con que contaba su enemigo.

Al llegar a Tlaxcala, Cortés y sus tropas fueron recibidos como héroes, porque se habían enterado de la aprehensión de Moctezuma, su acérrimo enemigo. La mayoría de los españoles no había regresado al señorío desde septiembre de 1519, y aunque tan solo iban de paso rumbo a Veracruz, los agasajaron. No obstante, los señores de Tlaxcala se negaron a proporcionar guerreros bajo el argumento de que sus armas no eran lo suficientemente poderosas para luchar contra las fuerzas españolas, como había quedado demostrado el año anterior cuando combatieron, sin éxito, a Cortés.

Aun así, las fuerzas españolas se reabastecieron y continuaron su camino. Cerca de Cempoala se sumaron las fuerzas de Gonzalo de Sandoval que se encontraban en la Villa Rica de la Veracruz, pero se había retirado a la sierra para no caer en manos de Narváez. Ahí esperó la llegada de Cortés. Con todo, sus fuerzas apenas alcanzaban 300 soldados y algunas decenas de guerreros indígenas.

Pánfilo de Narváez se encontraba muy sobrado. Sabía que superaba en número a Cortés y su alianza con el cacique gordo de Cempoala y otros pueblos leales a Moctezuma le dio una confianza excesiva: sin haber dado una sola batalla creyó que podría aplastar a Cortés con facilidad.

Narváez estableció su campamento en la ciudad de Cempoala y eligió el Templo Mayor como cuartel. El 27 de mayo salió con todas sus tropas al encuentro de Cortés, que, según sus informantes, atacaría a campo abierto. Narváez esperó durante horas a su enemigo, pero nunca se presentó. Fastidiado por la lluvia, ordenó regresar al campamento.

Pero las tropas de Cortés se encontraban muy cerca de Cempoala y, a diferencia de los hombres de Narváez, estaban acostumbradas a resistir las peores circunstancias, como lluvia, frío y falta de comida. El capitán general no tuvo la menor intención de pelear a campo abierto, no habría tenido oportunidad de ganar. Esperó a que cayera la noche para dar el golpe.

Algunas antorchas iluminaban medianamente el campamento de Narváez; la mayoría de su gente descansaba y solo la guardia hacía sus rondas. Pasada la medianoche —era 27 de mayo—, Cortés movilizó sigilosamente a sus tropas y organizó tres columnas que puso en manos de Francisco Pizarro, Gonzalo de Sandoval y Velázquez de León.

Aunque el sorpresivo ataque parecía temerario, lo cierto es que Cortés había comprado a varios de los hombres de Narváez a través de sus cartas: la promesa del oro podía más que la lealtad a un hombre tan soberbio como el capitán que Diego Velázquez había enviado.

Cortés dio la voz de ataque y las tres columnas se movieron en orden; Pizarro y Velázquez de León abrieron paso a Gonzalo de Sandoval, que tenía la misión más difícil: subir a lo alto del Templo Mayor y someter a Narváez. Los hombres de Cortés lograron sembrar la confusión entre sus enemigos: varios jinetes cayeron de sus monturas a las primeras de cambio gracias a que otros tantos de los soldados de Narváez que ya jugaban del lado de Cortés cortaron las cintas de las sillas de montar, así que ni siquiera pudieron entrar en combate. Lo mismo sucedió con la mayoría de los artilleros: no dispararon o fallaron con toda intención, pues ya eran parte de las fuerzas de Cortés.

Gonzalo de Sandoval y sus hombres se abrieron paso a sangre y fuego. Subir los diez metros del templo fue una hazaña; los últimos hombres de Narváez resistían desde lo alto. Casi fue un milagro que Sandoval y su gente lograran llegar a lo alto del templo sin un rasguño. Él no perdió tiempo, le prendió fuego al cuartel del español y lo enfrentó. En la refriega, Narváez perdió un ojo, el ojo que habría dado por derrotar a Cortés.

La victoria no fue cruenta —no podía serlo— y los españoles no tomaron venganza contra el cacique gordo ni contra ninguno de los aliados indígenas que apoyaron a Narváez. Lo dejaron pasar, pues era más importante que corriera la noticia de que las tropas de Cortés habían aumentado considerablemente y eran imbatibles.

A pesar de haber perdido el ojo, la soberbia de Narváez era inaudita. Cuando fue llevado ante Cortés le expresó:

—Señor, seguramente se siente muy ufano de esta victoria y de tenerme como su prisionero.

Cortés apenas lo miró y respondió con desdén:

—Le agradezco a Dios que me dio la victoria y a los hombres que me acompañan; fueron fundamentales para derrotarlo, pero de todo

lo que he realizado aquí en la Nueva España, lo menos importante es haberlo derrotado a usted.

Narváez se quedó frío con la respuesta de Cortés. Permaneció dos años preso en Veracruz y, consumada la conquista, fue liberado.

«Nunca por ventura tan pocos vencieron a tantos de una misma nación», escribió tiempo después Francisco López de Gómara acerca de la victoria de Cortés. El botín de guerra era invaluable, quizá tan valioso como los primeros obsequios que recibió de Moctezuma un año antes; pero en esta ocasión no se trataba de riquezas, sino de hombres, caballos, armas, artillería y pólvora. Salvo algunos leales a Narváez, los casi 1000 hombres que llegaron en la expedición se sumaron a las huestes de Cortés.

En los siguientes días, el ambiente en el campamento español era de absoluta camaradería. La gente que llegó en 1519 pudo probar de nuevo vino, cerdo, tocino, pan y todos los alimentos que solían consumir en Cuba y que se habían agotado meses antes.

Marina no había visto tan contento a Cortés desde hacía varios meses. Antes de volver a México descansó unos días en Cempoala, lo que le cayó bien a su ánimo. Se mostraba confiado, bromeaba con sus hombres, reía, comía y brindaba con ellos. Y le dedicó más tiempo a ella. Marina se había acostumbrado a su olor, a su sexo, a su piel. Solo quería permanecer a su lado.

Confiado en el porvenir, Cortés tomó decisiones que parecían indicar que la conquista y la colonización eran un hecho. Le entregó dos naves a Juan Velázquez de León para explorar la región del Pánuco. Puso a Diego de Ordaz al mando de 200 hombres para que marcharan a Coatzacoalcos a fundar una villa. También envió dos naves a Jamaica para que trajeran caballos, becerros, puercos y borregos para comenzar su cría en México. Además, destinó 200 hombres más para defender Veracruz y, para que no hubiera tentaciones, ordenó retirar las velas y timones del resto de las naves para hacer imposible su navegación.

Marina descansaba sobre el pecho de Cortés mientras él metía los dedos entre su pelo como si quisiera desenredarlo. El español pensaba en México, estaba confiado. Volvería a la capital mexicana a comenzar el proceso de colonización de manera pacífica y a levantar la cruz de la nueva fe para aquellos pueblos; haría llegar cultivos y empezaría la cría de animales que no se conocían en esas tierras. Todo estaba por hacerse y las condiciones parecían propicias.

Pero cuando llegaron varios mensajeros de Moctezuma, los sueños de Cortes se desvanecieron. Traían noticias graves. Algo terrible había sucedido en Tenochtitlán; sí, en la ciudad que parecía flotar sobre el lago, en la ciudad que se levantaba entre los volcanes, en la ciudad de sus sueños. En Tenochtitlán había corrido la sangre. México era sueño y pesadilla. Cortés palideció, le dio un sorbo a un vaso de vino, se incorporó para colocarse su armadura, tomó armas y mandó llamar a sus capitanes: debían salir de inmediato a Tenochtitlán.